

el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que mereceis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podeis merecer tambien en esto segundo tanto como los demas que están sanos y buenos y hacen todos esos ejercicios.

San Agustin en el sermon sesenta y dos de *Tempore*, tratando de la obligacion que todos tenian á ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal, y viniendo á tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: «á este bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazon gimiendo y suspirando; porque, ayunando los demas, él no puede ayunar.» Como el valiente soldado que, trayéndole al Real herido, siente mas el no poder pelear ni señalarse en servicio de su rey que el dolor de las heridas y de la cura rigorosa que le hacen, asi es de buenos religiosos, cuando están enfermos, sentir mas el no poder andar con la comunidad, ni hacer los ejercicios de la Religion, que la misma enfermedad; pero al fin, ni eso ni otra cosa alguna nos ha de quitar el conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermedad, aceptándola como enviada de su mano para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado San Gerónimo cuenta que, pidiendo un monge al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que tenia, respondió el Santo: «Quieres echar de ti una cosa que te es muy necesaria (1), porque asi como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabon ó legía fuerte, y con otras cosas semejantes, asi

(1) Rem tibi necessariam cupis abicere, ut enim corpora nitro, vel aliis hujusmodi lineamentis abluantur sordibus: ita animae languoribus, aliisque hujusmodi castigationibus purificantur. *Hieron. in vitis Patrum*

las ánimas se purifican con las enfermedades y trabajos.»

CAPITULO XVII.

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino tambien en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad se ha tambien de entender de las demas cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio dá una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice (1) que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso. De lo cual reprehende la Sagrada Escritura al rey Asa: «En su enfermedad no buscó al Señor, sino confió mas en el arte de los médicos (2).» No habemos de atribuir á eso toda la causa de sanar ó no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas y otras no. Y asi, cuando nos faltare el médico y la medicina, dice San Basilio, que tampoco habemos de desconfiar de la salud; porque asi como leemos en el Sagrado Evangelio que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como á aquel leproso que le pidió: «Señor, si quereis, podeisme limpiar (3);» y le respondió: «Quiero, sé limpio (4);» otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese á lavar á la Natatoria ó fuente de Siloé; otras veces dejaba á los

(1) Basil. in *Regulis fusius disputatis*, 55.

(2) Nec in infirmitate sua quaesivit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est. *II. Paral.* XVI, 12.

(3) Domine, si vis, potes me mundare. *Matth.* VIII, 2.

(4) Volo: mundare. *Joann.* IX, 11.

enfermos en sus enfermedades, y no queria que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y medicinas (1); asi tambien ahora unas veces dá Dios la salud sin médicos ni medicinas, por sola su voluntad: otras las dá por medio de esas medicinas: otras veces, aunque consulte uno muchos médicos y le apliquen grandes remedios, no quiere Dios darle salud, para que aprendamos con esto á no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios. Asi como el rey Ezequias no atribuyó su salud á la masa de higos que Isaias puso sobre su llaga, sino á Dios (2): asi vos, cuando sanáredes de la enfermedad, no habeis de atribuir la salud á los médicos, ni á las medicinas, sino á Dios, que es el que sana todas nuestras enfermedades; que no son las yervas, ni los emplastos los que sanan, sino Dios (3). Y cuando no sanáredes, tampoco os habeis de quejar de los médicos, ni de las medicinas, sino habeislo tambien de atribuir todo á Dios que no quiere daros salud, sino que esteis enfermo.

De la misma manera, cuando el médico no conoció la enfermedad, ó erró la cura (que es cosa que acontece hartas veces aun á los muy grandes médicos y en grandes personajes), habeis de tomar aquel yerro por acierto de Dios, y tambien el descuido y falta que os hace el enfermero. Y asi, no habeis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tornó la calentura; sino tomarlo todo como venido de mano de Dios, y decir: «el Señor ha sido servido que me creciese la calentura, y que me viniese tal accidente;» porque cierta cosa es que, aunque respecto de los que os curan eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fué

(1) Marc. V, 26; et Luc. VIII, 43.

(2) IV. Reg. XX, 7.

(3) Etenim neque herba, neque malagma sanavit eos, sed tuus, Domine, sermo, qui sanat omnia. *Sap.* XVI, 12.

sino acierto; porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensais que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al Santo Tobias fué acaso? No fué sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en el como en el Santo Job. Y asi lo dice la Escritura Divina: «Este trabajo permitió Dios que le sucediera, para que los venideros tuviesen ejemplo de paciencia como el de el Santo Job (1).» Y el Angel le dijo despues: «Para probarte, ha permitido Dios esta tentacion (2).»

En las Vidas de los Padres se cuenta del abad Estéfano (3), que estando enfermo, quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que es muy amargo, y dióselo. Estéfano, como lo sintió, comió un poco y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera, y como la gustase y no la quisiese comer, dijole el hermano: «come, Padre, que está muy buena.» Y probóla él para incitarle á comer, y como sintiese el amargor, comenzó á fatigarse y á decir: «homicida soy.» Y dijole Estéfano: «no te turbes, hijo, que si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro, no lo hicieras.» Y de otros muchos Santos leemos que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacian, aunque fuesen contrarios á lo que pedia su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, asi del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno, ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno. Y asi edifica grandemente un religioso enfermo,

(1) Hanc autem tentationem ideo permisit Dominus evenire illi, ut posteris daretur exemplum patientiae ejus, sicut et sancti Job. *Tob.* II, 12.

(2) Quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te. *Tob.* XII, 13.

(3) Abbas Estephan. *Refert etiam Dorothei, doct.* 7.

que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice San Basilio: «habeis fiado vuestra ánima del superior, ¿por qué no fiáis vuestro cuerpo? Habeis puesto en sus manos la salud eterna, ¿por qué no pondreis tambien la temporal (1)?» Y pues la regla (2) nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo, y nos lo manda, habíamoslo de estimar en mucho y ayudarnos de tan provechosa licencia. Y por el contrario, desedifica mucho el enfermo religioso cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar, y cómo se lo han de dar, y si le acuden á punto, y sino, se sabe bien quejar, y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano: «la enfermedad del cuerpo no es impedimento para la puridad del corazon, sino antes ayuda, si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma (3).» Y si uno se há de esa manera, y toma ocasion de la enfermedad para hacer su voluntad y no ser obediente y rendido, entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior más cuidado la enfermedad espiritual que la temporal. Por estar enfermo, no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay Regla para él y que puede poner todo cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro Padre (4), mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad que en el tiempo de su entera salud.» San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Pro-

(1) Basil. in Reg. furius disputatis, Regul. 48.
 (2) 3. p. const. cap. 2, lit. G.
 (3) Cassian. lib. 5. de instit. renuntiat. c. 7.
 (4) Reg. 50. Summarii.

feta: «Señor, nos coronaste como con escudo de tu buena voluntad (1),» tratando cómo mientras dura esta vida, siempre hay pelea, y así siempre habemos de andar armados para ella, dice: «El tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados y muy apercebidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban, y la tristeza nos cerca, y el demonio, tomando de eso ocasion, nos incita á que hablemos con impaciencia y nos quejemos demasiado (2).» Y así entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca (3) que el varon fuerte tan bien tiene en que ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo peleando contra los enemigos: porque la principal parte de la fortaleza es sufrir mas que acometer. Y así dijo el Sábio, que es mejor el varon paciente que el fuerte, y el que es señor de su ánimo que el que conquista ciudades (4).

CAPITULO XVIII.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa virgen Gertrudis se lee (5) que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traía en su mano derecha la salud y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: «Lo que yo, Señor, deseo de todo corazon es que no mireis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.»

De un devoto de Santo Tomás Cantua-

(1) Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos. Ps. V, 13.
 (2) Et aegroti, et sani; morbi enim tempore, hujus maximae pugnae tempus est; quando dolores undique conturbant animam, quando tristitia obsident, quando adest diabolus incitans, ut acerbum aliquod verbum dicamus. Chrysost.
 (3) Seneca, Epist. 78.
 (4) Melior est patiens viro forti: et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium. Prov. XVI, 32.
 (5) Blos. cap. 14. Monil. Spirit.

riense se cuenta (1) que, estando enfermo, fué al sepulcro del Santo á pedirle que rogase á Dios le diese salud. Alcanzola, y viniendo sano á su tierra, púsose á pensar entre sí que si le convenia la enfermedad para su salvacion, para qué queria la salud. Hizole tanta fuerza esta razon, que volvió otra vez al sepulcro y rogó al Santo que pidiese á Dios le diese lo que mas le convenia para su salvacion. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que le convenia.

Surio, en la vida de San Bedasto, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el dia de la traslacion del cuerpo de este santo obispo deseó mucho ver sus santas reliquias, y por consiguiénte tener vista para verlas: alcanzóla de nuestro Señor, y vió lo que deseaba. Y viéndose con vista, volvió á orar que, si aquella vista no le convenia para el bien de su alma, que le volviese la ceguedad. Y hecha esta oracion, quedó ciego como de primero.

Cuenta San Gerónimo (2) que, como San Antonio Abad fuese llamado de San Atanasio obispo á la ciudad de Alejandria, para que le ayudase á confutar y extirpar las heregias que allí habia, Didimo, que era un varon eruditísimo pero ciego de los ojos del cuerpo, trató con San Antonio muchas cosas de las Sagradas Escrituras, de tal manera, que estaba el santo admirado de su ingenio y sabiduría. Y despues de haber tratado de esas cosas, preguntóle si estaba triste por estar ciego. Él callaba y no se atrevia á responder de vergüenza. Finalmente, preguntóle segunda y tercera vez y confesó llanamente que sentia tristeza de ello. Entonces díjole el santo: «Maravillome

(1) Marulus, lib. 5. c. 4; et Jacobus de Voragine.
 (2) Hyeron. Epist. ad Castrutium caecum.
 B. del G., tomo XIV, —1.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

que un varon tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas y las hormigas y gusanillos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que solos los Santos y Apóstoles merecieron tener.» De lo cual se ve, dice San Gerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la historia de la Orden de Santo Domingo cuenta el P. Fr. Hernando del Castillo (1), que viviendo Santo Domingo en Roma, visitaba á una muger afligida, enferma, emparedada y gran sierva de Dios, que se habia recogido en una torre á la puerta de San Juan de Letran, y solia el bendito Padre confesarla y administrarle el Santísimo Sacramento. Llamábase la muger Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseñaba Dios á tener alegría en los trabajos y descanso de la muerte. Padecia una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenia ya encancerados y llenos de gusanos, y de manera, que para cualquiera otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella, que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla Santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un dia, despues de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona y el Santo vió la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasion; pero mas deseó de sus llagas que de los tesoros de la tierra. Y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele si primero no le prometia devolvérsele; porque ya venia á holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía en el suelo, lo volvía á po-

(1) Cronic. Ordinis Praedicator, p. 1, l. 1, c. 49.
 B. del G., tomo XIV, —1.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I. 42

ner en su lugar. Y así sobre su palabra se le dió, que era bien crecido, y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano cuando se volvió una hermosísima perla. Y los frailes admirados, decían á su Padre que no se la volviese; y la enferma pidiendo su gusano, decía que le volviese su perla. Mas en dándosela, tornó á volverse en la forma que tenía de gusano, y la muger le puso en sus pechos donde se había criado. Y Santo Domingo, haciendo oración por ella y echándole la bendición con la señal de la cruz, la dejó y se fué. Pero bajando la escalera de la torre se le cayeron á la muger los pechos encancerados con los gusanos, y poco á poco fué creciendo la carne, y en breves días fué del todo sana, contando á todos las maravillas que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia se cuenta (1) que tratando Fr. Reginaldo con Santo Domingo de tomar el hábito de su Religión, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua, y al parecer de los médicos, mortal. El P. Santo Domingo tomó á muy pechos su salud, y hacia por ella continua oración á Dios Nuestro Señor, y así el enfermo como él llamaban á Nuestra Señora en su ayuda con mucha devoción y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta petición, entró por el aposento de Reginaldo la Sacratísima Reina del cielo Nuestra Señora, con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravilloso, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran Santa Cecilia y Santa Catalina, mártires; las cuales llegaron con la Soberana Señora á la cama del enfermo, á quien ella, como Reina y Madre de piedad, consoló y dijo: «¿Qué quieres que haga yo por tí? Ya vengo á ver lo que pides, dímelo y dárse-

(1) Cron. Ord. Praedic. p. 1, lib. 1, c. 38.

le há.» Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial visión, dudaba de lo que convenia hacer ó decir; mas una de aquellas Santas, que con Nuestra Señora venían, le sacó presto de este cuidado diciendo: «Hermano, no pidas cosa, déjate todo en sus manos, que muy mejor sabe dar que tú pedir.» El enfermo siguió este consejo como tan discreto y avisado. Y así respondió á la Virgen: «Señora, no pido nada, no tengo mas voluntad que la vuestra, en ella y en vuestras manos me pongo.» Estendiólas entonces la Sagrada Virgen, y tomando del óleo que traían para este efecto aquellas sus criadas, ungió á Reginaldo de la manera que se suele dar la Estremaunción. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura, y tan convalecido de fuerzas corporales como si nunca hubiera estado enfermo; y lo que mas es, que con aquella soberana virtud se le hizo otra mayor en la virtud del ánima, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual ni deshonesto en su persona en todos los días de su vida, en ningún tiempo, ni lugar ni ocasión.

En la Historia Eclesiástica se cuenta (1) que entre los varones que en aquel tiempo florecieron era muy esclarecido Benjamín, que tenía don de Dios para sanar enfermos, sin otra medicina, con solo el tacto de su mano ó ungiéndolos con un poco de aceite y haciendo oración sobre ellos. Y con esta gracia de sanar á otros tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se hincho tanto que no podía salir por la puerta de su celda si no desquiciaban las puertas; y así estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse ni entristecerse porque

(1) Hist. Eccl. p. 2, l. 6, cap. 2.

no podía dar remedio á la suya, y á los que habían lástima, consolaba y decía: «Rogad á Dios por mi ánima, y de mi cuerpo no cureis, que, aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servía.»

En el Prado espiritual se cuenta (1) de un monje llamado Bernabé, que como en cierto camino se hincase un palillo por el pie, no se le quiso quitar por algunos días ni ser curado de la herida, por tener como padecer algun dolor por amor de Dios; y dicese que decía á los que le visitaban: «cuanto el hombre exterior mas padece y se mortifica, tanto mas el hombre interior se vivifica y fortalece.»

En la vida de San Pacomio cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remitía un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal; ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbran los otros monjes sanos, acudiendo á maitines y á las demas horas, y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuelas y sogas, y con la aspereza del esparto de que las tejía, tenía las manos tan lastimadas que le corría siempre sangre de las grietas; lo cual hacia por no estar ocioso: y á la noche, antes de dormir, tenía por costumbre de meditar algunas cosas de la Sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la Cruz sobre todo su cuerpo; y hecho esto, descansaba hasta hora de maitines, á los cuales, como se ha dicho, se levantaba, permaneciendo en ellos y en oración hasta que era de día. Este era el repartimiento de este santo enfermo, y estos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir á él un monje, el cual, viéndole tan lastimadas las manos, le dijo que se las untase con aceite y no sentiría tantos

(1) Pratum spirituale, cap. 10.

dolores con las aberturas. Hizolo así Zaqueo, y no solo no se le mitigó el dolor, pero se le acrecentó mucho mas. Y viniendo despues á verle San Pacomio, y contándole lo que habia hecho, dijole el Santo: «¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades y que, si es servido, no las puede sanar? Pues el no hacerlo así, sino permitir que padezcamos dolores hasta que él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace, sino para que le dejemos á él todo el cuidado de nosotros y pongamos solamente en él toda nuestra confianza, y tambien para bien y provecho de nuestras almas para podernos despues acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que él nos envía? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y dijole: «Perdóname, Padre, y ruega á Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios y deseo de sanar.» Y yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve, ayunó todo un año con ayuno tan rígido, que no comía sino de dos á dos días, y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solia contar despues el gran Pacomio á sus monges para amonestarles la perseverancia en el trabajo y la confianza en Dios y el reparar en faltas pequeñas.

—♦♦♦♦♦—
CAPITULO XIX.

De la conformidad que debemos tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.

Tambien habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir como para vivir. Y aunque esto del morir de suyo es muy dificultoso, porque, como dice el filósofo (1), la muerte es la cosa mas terrible de todas las cosas humanas; pero

(1) Omnium rerum nihil morte terribilius, nihil acerbius, Aristotel., 3 Ethicorum, c. 6.

en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad, porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo. Porque, cuanto á lo primero, una de las cosas por que á los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir y les da pena que llegue aquella hora, es, porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenían en esta vida; los amigos, los parientes, y el otro la muger, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo, y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la quereis sacar sin descarnarla, causaros há mucho dolor; así al religioso que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele á la hora de la muerte el dejarlas, porque ya las dejó él de su voluntad, y con gran merecimiento, cuando entró en la Religion, y no aguardó á dejarlas á la hora de la muerte, como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar aunque ellos no quieran, y con grande dolor y pena y muchas veces sin merecimiento alguno, porque mas dejan ellas á sus poseedores que ellos á ellas. Y este es uno de los frutos que, entre otros muchos, tiene el dejar el mundo y entrar en Religion, como nota muy bien San Crisóstomo (1); que á los que están en el mundo muy casados con la hacienda, entretenimientos y regalos de esta vida, esles muy penosa la muerte, conforme á aquello del Sábio: "¡Oh muerte, qué amarga que es tu memoria al hombre que se halla bien con su hacienda (2)!" Aun la me-

(1) Crisost. hom. 14, in 1. ad Timoteum.
 (2) O mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis. Eccl. XLI, 1.

moria de la muerte les es muy amarga; ¿qué será la presencia? Si pensada es amarga; ¿qué será gustada? Pero al religioso que haya dejado todas esas cosas, no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien vá á recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal, que suele dar mas pena en aquella hora á los del mundo y ser causa que se les haga la muerte terrible y horrible, dice San Ambrosio (1) que es la mala conciencia y falta de disposición; lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, porque toda su vida es una continua preparacion y disposición para bien morir. Cuéntase de un santo religioso, que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él: «Después que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso.» Este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la Religion nos instruye en la disposición que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida. «Tened, nos dice el Salvador, tened ceñidos los lomos y candelas encendidas en vuestras manos (2).» Dice San Gregorio (3) que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas denota el ejercicio de las buenas obras, las cuales dos cosas resplandecen principalmente en el estado de la Religion; y así el buen religioso no tiene qué temer la muerte.

Y nótese aquí una cosa que ayudará á nuestro propósito y la tocamos arriba (4), y es, que una de las buenas señales que hay de tener una buena conciencia y andar bien con Dios, es estar muy conforme

(1) Ambros. de bono mortis, cap. 8.
 (2) Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardeutes in manibus vestris. Luc. XII, 35.
 (3) Greg. hom. 13 in Evangelia.
 (4) Trat. 2, c. 5.

con su divina voluntad en lo que toca á la hora de su muerte y estando esperando con grande alegría como quien espera su esposo para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales (1). Y por el contrario, el pesarle á uno mucho de la muerte y no tener esta conformidad, no es buena señal. Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego vá la oveja al matadero, sin dar un balido, ni hacer resistencia alguna, que es el ejemplo que trae la Sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor (2)? Pero el animal inmundo, ¿qué hace de gruñir y de resistir, cuando le quieren matar? Pues esa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales que son significados por esotros animales. El que está sentenciado á muerte, cada vez que oye abrir la cárcel, se entristece pensando que le quieren ya sacar á ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre, huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen á echar fuera. Así el malo, cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho; porque, como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás; pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga, porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre: pues hagamos nosotros lo que debemos á buenos religiosos, y no solo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgaremos y pediremos á Dios

(1) Et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur á nuptiis. Lucae. XII, 36.
 (2) Tanquam ovis ad occisionem ductus est. Isa. LIII, 7; et Act. VIII, 32.

con el Profeta (1) que nos saque de esta cárcel.

San Gregorio, sobre aquello de Job: "No temerás las bestias de la tierra," dice que el tener á la hora de la muerte esta alegría, y esta paz y seguridad de conciencia, es principio del galardón de los justos (2). Comienzan ya á gozar una gotica de aquella paz que como río caudaloso ha de entrar luego en sus almas: ya comienzan á sentir su bienaventuranza. Y al contrario, los malos comienzan á sentir su tormento y su infierno, con aquel temor y remordimiento que comienzan á sentir en aquella hora.

De manera, que el desear la muerte y holgarse con ella, es muy buena señal. Dice San Juan Climaco: «Muy loable es aquel que todos los dias espera la muerte; mas aquel es Santo que todas las horas la desea (3).» Y San Ambrosio alaba á los que tienen deseo de morir (4). Y así vemos, que aquellos Santos Patriarcas antiguos tenían este deseo, teniéndose por peregrinos y huéspedes de la tierra (5), no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el Apóstol San Pablo (6), en esto daban bien á entender que estaban deseando salir de este destierro; y esto era por lo que suspiraba el Real Profeta: "¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro (7)!" Y si esto decían y deseaban aquellos Padres antiguos, con estar cerrada la puerta del cielo y no haber

(1) Edux de custodia (id est, de carcere) animam meam Ps. CXXXI, 8.
 (2) Et bestias terrae non formidabis; justis namque initium retributionis est ipsa plerumque in obitu securitas mentis. Greg. lib. 6. mor. cap. 16. Job V, 22.
 (3) Climac. c. 6.
 (4) Ambros. in orat. Funebri de obitu Valentiani Imperat. l. 5, et de fide resurrectionis.
 (5) Confidentes, quia peregrini, et hospites sunt super terram. Ad Heb. XI, 13.
 (6) Qui haec dicunt, significant se patriam inquit. Ad Heb. XI, 11.
 (7) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. Ps. CXIX, 5.

de ir luego allá, ¿qué será ahora, que está abierta, y en estando el ánima purgada luego va á gozar de Dios?

CAPITULO XX.

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte licita y santamente.

Para que mejor y con mas perfeccion nos conformemos con la voluntad de Dios, asi en la muerte como en la vida, pondremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escojamos la mejor. La primera razon por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida: porque, como dice el Sábio, "mejor es la muerte que la vida amarga y trabajosa (1)." De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte, y la piden á Dios, y lo pueden hacer sin pecado; porque, al fin, son tantos y tales los trabajos de esta vida que es licito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos (2) por que Dios dió tantos trabajos á los hombres, fué porque no se casasen tanto con el mundo, ni amasen tanto esta vida, sino que pusiésemos nuestro corazon y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella, "donde no habrá lloro ni dolor (3)." San Agustín dice (4) que Dios nuestro Señor, por su infinita bondad y misericordia, quiso que esta vida fuese breve y se acabase presto, porque es trabajosa; y que la otra, que esperamos, fuese eterna, para que el trabajo durase poco, y el gozo y descanso para

(1) Melior est mors, quam vita amara. *Ecl.* XXX, 17.

(2) Aug. l. 2, contra II, *epist. Gaudentii*, c. 22, tom. 7.

(3) Ubi non erit luctus, neque clamor, neque dolor erit ultra. *Apoc.* XXI, 4.

(4) Aug. *serm.* 37 de Sanctis, qui est sermo primus in festo omnium Sanctorum.

siempre. San Ambrosio dice (1): «Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio,» para que se acabaran tantos males y trabajos. Verdad es, que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden á Dios la muerte, con quejas é impaciencias; mas si se la piden con paz y con sujecion: «Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido;» no seria pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con mas perfeccion por no ver los trabajos de la Iglesia y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el Profeta Elías, viendo la persecucion de Acab y Jezabel, y que habian destruido los altares y muerto todos los Profetas de Dios, y que andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podia él remediar, váse por esos desiertos, y sentándose debajo de un árbol, deseó morir y dijo: «Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida, para que no vea tantos males ni tantas ofensas vuestras (2).» Y aquel valeroso capitan del Pueblo de Dios, Judas Macabeo, decia: «Mas vale morir, que ver tantos males y tantas ofensas de Dios (3);» y con esto exhortaba y animaba á los suyos á pelear. Y del bienaventurado San Agustín leemos en su vida, que pasando los vándalos de España á Africa, destruyéndola toda, no perdonando á hombre, ni á mujer, ni á

(1) Tantis malis hanc vita repleta est, ut comparatione ejus, mors remedium putetur esse, non poena. *Ambr. serm. sup. cap. 7. Job.*, tom. 2.

(2) Petivit animae suae ut moreretur, et ait. sufficit mihi, Domine, tolle animam meam, neque enim melior sum quam patres mei. *III. Reg. XIX*, 4.

(3) Melius est nos mori in bello, quam videre mala gentis nostrae, et sanctorum. *II. Mach.* III, 59.

clérigos, ni á legos, ni á viejos, llegaron á la ciudad de Hipona, de donde era él obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo San Agustín tan gran tribulacion, y las iglesias sin clérigos, y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez. Y juntando sus clérigos, les dijo: «Rogué al Señor, que, ó nos librase de estos peligros, ó nos diese paciencia, ó me sacase de esta vida, porque no vea tantos males, y el Señor háme otorgado lo tercero.» Y luego enfermó, al tercer mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio, leemos en su vida (1) otro ejemplo semejante. Esta es perfeccion de Santos, sentir tanto los trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la Magestad de Dios, que no lo pueden sufrir, y asi desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razon hay tambien muy buena, y de mucha perfeccion, para desear y pedir á Dios la muerte, que es por ver nos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podemos caer en pecado mortal, y sabemos que otros mas aventajados que nosotros, y que tenian grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran Santos y grandes Santos, han caido. Esta es una de las cosas que mas hace temer á los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida, á trueque de no pecar. Aun no haber nacido, ni haber sido, puede uno desear, cuanto mas morir: porque mayor mal es el pecado, que el no ser; y mejor fuera no ser, que haber pecado. Cristo nuestro Redentor dijo del que le habia de vender: «mas le valiera no haber nacido (2).» Y San Ambrosio declara á este

(1) Lib. 4, c. 16 *vitae S. P. N. Ignatii*.

(2) Bonum erat ei, si natus non fuisset homo ille. *Math.* XXVI, 24.

propósito aquello del Eclesiastés: «Alabé mas á los muertos que á los vivos; y por mas dichoso que á estos tuve al que nunca nació (1);» dice San Ambrosio: «El muerto se prefiere al vivo, porque ya ha dejado de pecar, y al muerto se prefiere el que no ha nacido, porque nunca supo pecar (2).» Y así será muy buen ejercicio actuarnos muchas veces en la oracion en estos actos: «Señor, no permitais que me aparte yo jamas de Vos (3): Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofendá, que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de servir con ella, no la quiero.» Este es un ejercicio muy agradable á Dios, y muy provechoso para nosotros, porque aqui hay ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado; aqui hay ejercicio de humildad; aqui hay ejercicio de amor de Dios; aqui hay una peticion de las mas agradables que podemos pedir á Dios. De San Luis, rey de Francia, se cuenta que le decia algunas veces su santa madre la reina doña Blanca: «querria, hijo mio, antes verte muerto delante de mis ojos, que con algun pecado mortal.» Y agradó á Dios tanto este deseo y esta bendicion que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y peticion.

Y mas, no solo por evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no solo de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes que decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese

(1) Et laudavi magis mortuos, quam vivos, et feliciorum utroque judicavi, qui necdum natus est. *Ecl.* IV, 2.

(2) Mortuus praefertur viventi, quia peccare desivit: mortuo praefertur qui natus non est, quia peccare nescivit. *Ambros. serm.* 18, *sup. Ps.* 118.

(3) Domine, ne permittas me separari a te.